

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XXXVII
Julio-Diciembre 2021
Número 72

SUMARIO

El futuro de la Teología Feminista: Mirando atrás para ir más lejos	
Presentación del monográfico	
<i>Antonina María Wozna (Coord.)</i>	
ARTÍCULOS	
Mary E. Hunt	
<i>Feminist Theologies: Looking Back to Look Ahead</i>	323-338
Lisa Iserwood	
<i>Pandora's Jar is Open: Feminist Theologies and Many Futures</i>	339-364
Cristina Simonelli	
<i>Teologia femminista alla prova della storia</i>	365-390
Gertraud Ladner	
<i>Zu Beziehungen, Gender, Sexualität und Familien heute</i>	391-410
Mary Judith Rees	
<i>Un ovillo de lana en múltiples colores. La cuarta fase de la Teología Feminista Latinoamericana (2000-2010)</i>	411-432
Antonina M^a Wozna	
<i>Ecofeminismo, justicia y espiritualidad</i>	433-452
Silvia Martínez Cano	
<i>La Querrela de las mujeres en el siglo XXI. Teología Feminista y patriarcalización en ambientes católicos</i>	453-485
Montserrat Escribano-Cárcel	
<i>El límite es el cielo. Mujeres y cambio eclesial: un éxodo necesario</i>	487-508
Mireia Vidal i Quintero	
<i>Cuando las diferencias son pocas, pero no marginales: género, identidad y diferencia en la teología feminista española</i>	509-540
Marijo Volarević - Ivan Macut	
<i>Gender-Feminismus oder Neuer Feminismus? Frauenkampf um die Gleichstellung der Geschlechter</i>	541-566
M^a Nely Vásquez Pérez - Miguel Ramón Viguri Axpe - F. Javier Martínez Baigorri	
<i>Género y diálogo Fe-Ciencia</i>	567-595
NOTAS Y COMENTARIOS	
Sonia Herrera Sánchez	
<i>Acuerpamiento y solidaridades transnacionales frente a la fronterización de la vida</i> .	597-614
Francisco Molina Artaloytia	
<i>¿Asechanzas transgenéricas? Reflexiones sobre género y sexualidades</i>	615-628
DOCUMENTA	
Francisco Henares Díaz	
<i>Bibliografía de mujeres sobre las mujeres en el cristianismo: las diaconisas</i>	629-644
BIBLIOGRAFÍA	645-681
LIBROS RECIBIDOS	683-684
ÍNDICE DEL VOLUMEN XXXVII	685-688

Macchia, Frank D., *Jesus the Spirit Baptizer: Christology in Light of Pentecost*. William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan, 2018. 371 pp. 23,5 x 16,5 cm.

El Prof. Macchia de la Universidad Vanguard (Costa Mesa, California) nos ofrece esta cristología pentecostal, desde la pneumatología (pertenece al movimiento pentecostal, a las Asambleas de Dios; hace poco publicó una obra sobre la teología sistemática pentecostal / carismática: *The Spirit-Baptized Church: A Dogmatic Inquiry*. T&T Clark, 2020 que es una eclesiología) y con una dimensión ecuménica, pero teniendo en cuenta que desde Pentecostés se puede dar plenitud al testimonio de Cristo Jesús como Señor. Después de una breve introducción (pp. 1-7) la obra comprende tres partes: 1) La tarea de la cristología (pp. 11-65), que propone en dos capítulos el método cristológico con los desafíos de la cristología (pp. 66-120). 2) La dedicada a la Encarnación y a la unción de Jesús en el Jordán, otros dos capítulos, el tercero (pp. 123-183) y el cuarto (pp. 184-243). 3) La parte dedicada a la muerte y resurrección de Jesús y lo que denomina «self-impartment», que creo entender como ‘auto-comunicación’ o ‘auto-ofrecimiento’ (offering himself, en el sentido de ‘self-impartment in human flesh’, Fil 2,7 que propone en algunas páginas, cf. p. 69, 182 efusión del Espíritu y 308s) en el contexto de la auto-entrega de sí, que Pentecostés lleva a su plenitud, porque el Espíritu nos comunica su vida (de Cristo), lo da a conocer como Señor y Cabeza del cuerpo que formamos unidos con Él en el Espíritu (cf. p. 308), que Él envía desde el Padre (cf. Jn 14,26 y 15,26 citados en pp. 304-305). Esta tercera parte son los capítulos 5, muerte y resurrección de Cristo (pp. 247-300) y 6, Cristo a la luz de Pentecostés (pp. 301-349). No estaba demás que hubiera aquilatado más este concepto – ‘act of impartation’ – dentro de la cristología pneumatológica, en toda su amplitud, soteriológica y eclesiológica. Visto el esquema de composición de la obra, comentemos algunos aspectos, como los retos o desafíos indicados, desde la cristología desde abajo y con la perspectiva de Pentecostés que ilumina el recorrido de la cristología que muestra a Cristo unido a la vez con Dios y con la humanidad; ahí aparece el carácter de esa unidad plena de divinidad y humanidad, que no sólo es la de la persona de Cristo sino de la trascendencia divina con la contingencia humana; la relación divino – humana que se expresa de forma extraordinaria y comprometedor en Fil 2,6-11 (p. 68ss) que plantea un reto metafísico pero a la vez va más allá porque lleva la carne humana al interior de la Trinidad, lo que desborda la metafísica, que sigue estando presente en las formulaciones de Nicea y en las discusiones que se siguieron sobre la esencia y la hipóstasis, con los problemas de subordinacionismo (radical en los arrianos). El uso de términos como «dyohypostatic», «miahypostatic» (p. 72s) me parece un poco complicado y quizá «amenazante» para la dimensión divina y, a la vez humana, ambas auténticas, no en sentido subordinacionista o modalista. Las mismas especulaciones sobre la posible «circunscripción» del Hijo eterno dentro del cuerpo humano de Jesús, porque es el «logos ásarkos», es un poco excesiva, ya que el único Hijo eterno es el que se ha encarnado y sigue siendo divino en todos sus aspectos y propiedades (cf. p. 77), sin disminuir la trascendencia (cf. p. 84s) que la luz de Pentecostés aclara aún mejor. Pero esos son temas muy propios de la teología de K. Barth. En lo que toca al reto escriturístico (p. 87ss) la cuestión no deberá ser si Jesús ocupa el puesto del Dios de Israel, sino que actúa porque ha recibido todo el poder de parte del Padre (Mt 28,17) y es confesado como Señor en las primeras expresiones del kerygma y con categoría de Dios, como propone Juan 17, 1.5 (la gloria que compartía, verbo *dóxason* con el Padre, desde antes del mundo, no sólo por la autoridad moral o la «bondad» cuya fuente es Dios solo, cf. pp. 90ss aunque también habla de «essential unity with the Father»), aunque la perspectiva de su humanidad encarnada pueda dar la impresión de una «limitación» de su categoría de Dios,

pero eso es lo que significaría Filp 2,7-8. En esa condición humana es el mediador de la revelación de la gloria del Padre y de la misión del Espíritu Santo, porque el Padre nunca ha carecido de «Palabra» ni la Palabra es proferida sin el «aliento» o soplo del Espíritu, que lo unge y en ofrecido al mundo para completa su obra (cf. p.93s). Si este lenguaje es más funcional que ontológico (pp.98ss), posiblemente hay que mantener que el lenguaje dinámico de la Escritura, que no usa los términos de esencia o naturaleza, lleva implícita la dimensión ontológica con las expresiones de W. Kasper (p.98-100). Hay otro desafío que es antropológico en cuanto significa metafísicamente la relación humana en sí y respecto de Dios, que no es una «proyección» de la mente humana, a eliminar para que el ser humano se libere realmente (p.103). repasa otras propuestas, como la política de D. Sölle p.108s), la de la teología de la liberación con su acento en el Jesús histórico (p.109), la historicista y desde abajo de W. Pannenberg (p.109s) o manteniendo que la base antropológica de la cristología debe mantener la unidad de Jesús con Dios, porque de esa manera «revela» también sus consecuencias humanas, incluido el acento en la transformación que sea socialmente significativa en el establecimiento del reino de Dios: La propuesta pentecostal piensa al Espíritu en la dirección en la que Cristo lo propone para crear la comunión entre la comunidad y el Hijo que lleva al Padre, a la vez que camina a transformar las estructuras destructivas para fundamentarse profundamente en Cristo. Esa es la justicia del reino de Dios (p.110s), como también aparece en E. Johnson disminuyendo la división masculino femenino, ya que Jesús es ser humano para todos. El desafío pluralista en la dimensión global que la humanidad diversificada es consciente de la interdependencia; de ahí la mirada a las otras orientaciones creyentes sin abandonar la fidelidad al Señorío de Cristo (p.113) que incorpora la diversidad humana –de toda carne– en la divinidad, por su unidad permanente con Dios que la Encarnación y Pentecostés confirman en la misma cristología desde abajo, sin disminuir la trascendencia divina. La parte segunda del libro está dedicada a la Encarnación (Jn 1,14.16, en el cap. 3 pp. 123-183) y la Unción en el Jordán (cap. 4 pp. 184-243). La Encarnación es obra del Espíritu, que le da un cuerpo al Verbo, pero lo hace «en María», en una humanidad mediadora de esa colaboración humana, porque el Hijo enviado, «nace de una mujer» (cita de Ga 4,4-7 en p. 129). La encarnación anticipa lo que bien después, la unción, la crucifixión, la resurrección, Pentecostés, pero no destaca la colaboración de María en ese plan de Dios llevado a cabo por el Espíritu y el «fiat» de María, la llena de gracia. Dedicar las páginas siguientes a destacar la verdadera divinidad (pp.134-153), en la que destaca que en Jesús, el Hijo, conocemos al «Verdadero», en el Hijo, que hace lo que hace el Padre, porque él mismo es Dios (cf. Jn 5,20, en la línea de 1Jn 5,20 y las citas de p. 136). Es el Hijo «engendrado, no creado» de Nicea (p.144s) definido *consubstantial*, contra Arrio que lo reduce a mera criatura, lo que destruye también la obra del Espíritu. Pero es también verdaderamente humano (pp.153-169), divinidad y humanidad descritas en la unión hipostática según la definición de Calcedonia (451). Esta condición divina es indispensable para dar vida a toda carne, desde la unidad con el Padre y el Espíritu Santo, pero al tomar la carne humana, en la encarnación, se vuelve el Espíritu bautizador de toda la creación (p.183), aunque nosotros humanos no podamos llegar a la unión por el Espíritu de Cristo con el Logos. La unción por el Espíritu en el Jordán se vuelve así una realidad clave porque es un acontecimiento del Espíritu que define la unión de Dios y el hombre en Jesucristo; ese Espíritu será posteriormente infundido en Pentecostés sobre toda carne para unirnos con Cristo por la fe (p.184s). Así Encarnación y Pentecostés van unidos, porque el Espíritu reposa sobre Jesús (así Ireneo de Lyon), para darle la plenitud a Israel (p.192ss), preparar la venida del Señor e instaurar su reinado (p.201-204), dando plenitud a las profecías. La parte tercera la dedica a la crucifixión y resurrección, a la culminación de su propia entrega (pp. 247–300, cap. 5); la crucifixión de Jesús es el signo de la

victoria de Dios sobre el pecado y la muerte, pero también del don del Espíritu, entregado en el momento de su muerte (Jn 19,30 pp.239ss) y de nuevo el horizonte es el de la profecía realizada en la recepción del Espíritu por la fe (Is 44,1'3 y Ga 3,1-5). Ahí se entienden la expiación y la posible explicación de la representación (vicaria, *propter nos* Rm 8,32; Ga 2,20 *pro nobis, pro me*). La teoría vicaria de san Anselmo ponía a salvo la justicia divina y la deuda contraída por los humanos frente al honor ofendido de Dios (p.266ss). Pero el problema es el tener que pagar esa deuda, ¿a quién?, ¿al diablo? La humanidad debe superar esa servidumbre del pecado, pero no puede por sí misma; ahí entra la acción de Cristo, cuya humanidad carga con el pecado para vencer al diablo y darle el honor debido a Dios; así puede reconciliar a los hombres y realizar plenamente la justicia debida. Pero hay que tener en cuenta que es una ofrenda voluntaria, un acto de solidaridad, porque no es un «mérito» humano, ni la obra de Cristo depende de la lógica de la equivalencia (pecado = muerte, cf. p.270ss), sino de la lógica de la gracia, y ahí viene Pentecostés, el don prometido por el Padre (cf. Lc 24,49). Así se supera la ira por el amor (pp. 274ss) y se logra el gozo porque el Espíritu que viene sobre nosotros, insuflado por Cristo en su muerte y resurrección, para que tengamos vida (pp. 281ss) porque la resurrección es la efusión desbordante de vida del Espíritu (pp. 296ss). El capítulo seis conclusivo presenta al Cristo de Pentecostés, que bautiza en el espíritu y el fuego para darnos parte en la vida de Dios que por la cruz y el Espíritu se nos ofrecen como gracia hasta la venida de Cristo (pp. 301-349). Es la acción final de Cristo, que aparece como Señor (p.309ss), profeta (p.321ss), Sumo sacerdote (pp. 328ss), que envía a sus discípulos hasta el momento final. Es un libro notable por su contenido y su amplia visión de la cristología a la luz de Pentecostés, que se completa con una selecta Bibliografía y los índices adecuados para poder controlar los conceptos clave del tema desarrollado.

Rafael Sanz Valdivieso